

Reflexiones sobre la violencia de género de una historiadora

Autora: Estela Maeso Fernández.

Categoría profesional y lugar de trabajo:

Boston University Global Programs (Study Abroad: Madrid). Doctora en Historia Moderna y Master en Estudios Interdisciplinarios de Género por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha colaborado en cuatro proyectos de investigación, tres de ellos ligados a la Fundación Universitaria para el Desarrollo de la Enfermería (FUDEN), y publicado varios trabajos en los campos en los que es experta: estudios de género e historia moderna de España y Europa.

La violencia es un medio de coacción para la imposición de ideologías o patrones de conducta y, en todas y cada una de sus formas, implica siempre la existencia de una relación de poder entre agresor y víctima. Por ello, podemos afirmar que la violencia de género es la fórmula para la perpetuación de una relación social asimétrica entre hombres y mujeres, herencia de una construcción cultural de género de carácter patriarcal y vigente desde hace siglos.

Cada sociedad construye culturalmente que significa "ser mujer" y "ser hombre", define las relaciones entre ambos y establece el espacio material en el que se han de desarrollar sus respectivas experiencias vitales. La legislación de los países pertenecientes a la Unión Europea establece que mujeres y hombres son iguales, sin embargo, cómo decir que se trata una sociedad realmente igualitaria si las cifras sobre violencia de género son cada vez más alarmantes; en España, a fecha de 10 de noviembre del 2017, ha muerto el mismo número de mujeres por violencia de género que a largo del todo el año 2016. La respuesta a esta cuestión se hallaría en una construcción cultural de género que, hasta hace poco menos de cuarenta años, aún era apoyada por la legislación y, bajo una aparente aceptación general, marcaba la idiosincrasia de la sociedad española. Su origen vendría de lejos, las diferencias biológicas entre mujeres y hombres han servido para justificar la existencia de una relación de poder entre ambos desde la propia antigüedad greco-latina. Las tesis planteadas por autores clásicos, como Hipócrates, Aristóteles o Galeno, marcaron la medicina hasta el siglo XVIII. Los revoluciones científica, osada a la hora de polemizar sobre algunos de los grandes dogmas medievales, apenas se atrevió a reformular el discurso de la supremacía

del varón sobre todas las criaturas. Cuanto más, a matizarlo, en la búsqueda por dar utilidad a quien se impedía que desarrollara aptitudes y capacidades en libertad. En este sentido, si la propia religión cristiana llegó a objetar contra la supuesta imperfección del cuerpo de la mujer hace siglos, argumento de los que defendían la preeminencia masculina, únicamente fue para advertir que no había error alguno en la obra de Dios y, partiendo de ello, admitir que la perfección de las formas femeninas estaba orientada a un objetivo vital supremo, el de la maternidad. De forma que, la imagen de mujer truncada quedaba superada por la de aquella que se hallaba subyugada a la funcionalidad de su útero; un órgano de impulsos incontrollables y capaz de determinar los rasgos principales de su carácter. Así convivieron, durante siglos, dos modelos femeninos contrapuestos: el de la casta María frente al de la transgresora Eva.

Si partimos de la premisa que hemos señalado al principio, de que la violencia conlleva una relación de poder entre agresor y víctima, las mujeres seguirán sufriendo violencia de género mientras culturalmente sigamos sin superar nuestro pasado para construir una sociedad más justa, es decir, realmente igualitaria. Para ello, necesitamos que la sociedad, en su conjunto, comprenda que las virtudes y defectos del ser humano han de ser considerados tan individuales como sus libertades y, ya puestos, absolutamente imprevisibles, porque jamás el sexo biológico ha de determinar ni el modo ni el lugar en el que los individuos han de desarrollar sus respectivas experiencias vitales. La cuestión se hallará entonces en averiguar cuándo seremos capaces de obviar una construcción cultural de género con tantos siglos de historia y, por ello, tan arraigada en nuestra mentalidad.